

SOBRE EL HUMANISMO SOCIALISTA

I

Los espíritus más lúcidos afirman la existencia de una profunda crisis en la sociedad humana actual. Para Albert Einstein, por ejemplo, su origen reside en las relaciones del individuo y la sociedad: "Más que nunca el individuo ha llegado a tener conciencia de su dependencia frente a la sociedad. Pero adquiere esta experiencia no como un apoyo positivo, como un lazo orgánico, como una fuerza protectora; la siente más bien como una amenaza hacia sus derechos naturales, incluso de su existencia económica", y la fuente real del mal señalado se encuentra en la anarquía económica de la sociedad capitalista, tal como existe hoy día: "vemos frente a nosotros a una inmensa comunidad de productores cuyos miembros se encarnizan continuamente en despojarse unos a otros de los frutos del trabajo de todos, y esto, no se hace por el uso de la violencia, sino que, generalmente, por la observación leal de reglas legalmente establecidas. A este respecto es importante no perder de vista que los medios de producción, es decir la capacidad productiva entera necesaria para la producción de bienes de consumo y equipos suplementarios, puede estar y está en realidad sujeta a la aprobación de los intereses privados". En la situación indicada el propietario de los medios de producción compra el poder de trabajo del obrero, y éste utilizándolos crea nuevos bienes los cuales pasan a ser propiedad del capitalista. Y la remuneración del trabajador no está determinada por el valor real de su producción. En la economía capitalista, entonces, dos principios predominan: los medios de producción están sometidos a la propiedad y los propietarios disponen de ellos como lo juzgan conveniente y, en seguida, el contrato de trabajo es libre. Como el objetivo de la producción es el provecho y no la utilización de los bienes, innumerables obreros capaces de trabajar, y deseosos de hacerlo, no encuentran empleo. Así el trabajador vive con el constante temor de la cesantía. Por otra parte, el capital privado tiende a concentrarse en algunas manos, en parte a causa de la competencia entre los capitalistas y en parte porque el progreso tecnológico y la división acrecentada del trabajo alientan la formación de más grandes unidades de producción en detrimento de las pequeñas. El resultado del desarrollo del capital en este sentido es una oligarquía del capital privado, cuyo poder enorme no puede eficazmente ser tenido en jaque, aun por una sociedad política democráticamente organizada".

Los capitalistas privados imponen sus decisiones porque controlan en forma directa, o indirecta, la educación, la prensa, la radio. Los individuos no pueden llegar a conclusiones objetivas y a hacer uso inteligente de sus derechos políticos. Además, en esta realidad capitalista, el progreso tecnológico trae consigo un aumento de la inactividad en vez de aliviar la parte de trabajo que corresponde a todos. La persecución del provecho y la competencia provocan el despilfarro del trabajo y conducen a severas depresiones.

Albert Einstein afirma que el capitalismo lisa y destruye a los hombres: "el capitalismo estropea a los hombres: ahí está, a mi parecer, la más grande de sus taras. Todo nuestro sistema educativo la sufre. Se inculca al estudiante una actitud exageradamente competitiva, arrastrándolo al culto del éxito adquisitivo en vista de su carrera futura. Estoy convencido de que no existe sino un solo medio de eliminar esos males aflictivos: es el establecimiento de una economía socialista, acompañada de un sistema educativo que estaría orientado hacia fines sociales. En una economía de esta especie, los medios de producción serían la propiedad de la sociedad misma y serían utilizados de una manera planificada. Una economía planificada que ajuste la producción a las necesidades de la comunidad distribuiría el trabajo entre todos los individuos aptos y garantizaría los medios de una existencia decente a cada hombre, a cada mujer, a cada niño. La educación además de su tarea de promover las capacidades individuales innatas, se esforzaría por desarrollar el sentimiento de las responsabilidades con respecto del prójimo, en lugar de glorificar, como lo hace en la actualidad, el poder y el éxito".

Entonces, para eliminar sus males, ha de establecerse una economía socialista, acompañada de un sistema educativo orientado hacia fines sociales. Los medios de producción serían propiedad de la sociedad misma y utilizados de manera planificada; pero una economía planificada no es todavía socialismo, por cuanto "una economía planificada puede muy bien estar acompañada de la servidumbre completa del individuo. Es que la realización del socialismo exige la solución de algunos problemas socio-políticos extremadamente difíciles. ¿Cómo luchar contra la concentración impulsada por el poder político y económico e impedir que la burocracia adquiera una prepotencia petulante? ¿Cómo asegurar la protección de los derechos del individuo y aportar con esto un contrapeso democrático al poder de la burocracia? La claridad respecto de los fines y problemas del socialismo es de la mayor importancia en el período de transición en que vivimos".

II

El desarrollo de la sociedad impone el socialismo como norma superior e inevitable de vida y la opinión de Einstein refleja una actitud muy generalizada entre los grandes intelectuales y sabios en su favor. Sin embargo, el movimiento político socialista no ha estado a la altura de su responsabilidad. De aquí brota una de las contradicciones más resaltantes entre la justeza de la doctrina socia-

lista y el avance inexorable de la sociedad hacia formas socialistas y la impotencia de los movimientos socialistas, en crisis o divididos. Por eso, otros intelectuales, al enfocar esta paradoja han llegado a afirmar la necesidad de rectificarlo de acuerdo con las nuevas modalidades de la experiencia histórica. Pero es más correcto hablar de su ensanchamiento, pues a la luz de los acontecimientos mundiales nada hay que modificar en las doctrinas socialistas. Sólo es menester poner de relieve aspectos poco considerados de ellas, rectificar algunas interpretaciones equivocadas, volver a examinar sus fuentes y destacar el sentido correcto de sus grandes líneas. El socialismo no tiene necesidad de transformar su doctrina, apenas precisa esclarecerla en algunos puntos, y en su conjunto, actualizarla. Si el socialismo ha fracasado en algunos periodos no lo ha sido a causa de su doctrina, sino por su falta de eficacia como movimiento político para imponerla. Cuando se habla de crisis del socialismo, ella debe entenderse como un fracaso de organización y de dirección, pero en ningún instante como crisis de ideal y de principios. Es innecesario, entonces, hablar de renovación teórica. Y oportuno, en cambio, hablar de esclarecimiento del socialismo y de recondicionamiento de sus postulados a las nuevas realidades económicas, sociales y técnicas de la sociedad contemporánea.

Al proclamar el valor de la doctrina socialista es preciso enfrentar un doble problema: 1º) Revisar y reivindicar a los teóricos socialistas deformados y aplastados por la agresión polémica de Marx. 2º) Revisar el marxismo para insistir en su contenido revolucionario, a menudo negado o soslayado por el socialismo reformista; y para exaltar su contenido democrático y humanista.

Marx, utilizó ampliamente a los llamados socialistas utopistas, de quienes extrajo muchas de sus teorías. En éstos se encuentra una admirable crítica de la sociedad de su tiempo y al mismo tiempo, certeros planteamientos comunitarios y democráticos, opuestos a todo dogmatismo y centralismo tiránico. Proudhon resumió en forma admirable esa actitud en una carta a Marx, cuyo texto es el siguiente: "Mi querido señor Marx, consiento gustoso a ser uno de los que reciban su correspondencia, cuyos fines y organización me parece que han de ser muy útiles. No prometo, sin embargo, escribirle mucho ni a menudo; mis ocupaciones de toda índole, juntas con una pereza natural, no me consienten tales esfuerzos epistolares. Me tomaré, pues, la libertad de hacer algunas reservas que diversos párrafos de su carta me han sugerido. Primeramente, aunque mis ideas respecto a organización y realización estén paradas en este momento, por lo menos en lo que respecta a los principios, creo que mi deber, que es el deber de todo socialista, es conservar todavía durante algún tiempo la forma crítica o dubitativa; en una palabra, hago profesión con el público de un antidogmatismo económico, casi absoluto. Busquemos juntos, si usted quiere, las leyes de la sociedad, el modo cómo esas leyes se realizan, el progreso según el cual llegamos a descubrirla; pero, por Dios, después de haber demolido todos los dogmatismos a priori no vayamos a soñar, a nuestra vez, con adoctrinar al pueblo; no caigamos en la contradicción de

su compatriota Martín Lutero quien, después de haber derribado la teología católica, se puso en seguida, con grandes refuerzos de excomuniones y anatemas, a fundar una teología protestante. Desde hace tres siglos, Alemania no se ha ocupado más que de destruir la revocadura hecha por Lutero; no vayamos a preparar nuevas tareas para el género humano con otras capas de yeso. Aplaudo de todo corazón su idea de esclarecer las opiniones; hagamos una polémica buena y leal, demos al mundo el ejemplo de una tolerancia sabia y previsor, pero precisamente porque nosotros estamos a la cabeza del movimiento, no nos hagamos jefes de una nueva intolerancia, no nos las demos de apóstoles de una nueva religión, aunque esta religión sea la religión de la lógica, la religión de la razón. Acojamos y alentemos todas las protestas, denunciemos todas las exclusiones, todos los misticismos; nunca consideremos una cuestión como agotada, y cuando hayamos gastado hasta el último argumento, volvamos a empezar si necesario es, con la elocuencia y la ironía. En esas condiciones entraré gustoso en su asociación y si no, no".

Proudhon, con su espíritu crítico y antidogmático, su sed de justicia y de libertad, supo alertar a Marx sobre el peligro de un pensamiento autoritario y rígido. La polémica de Marx, a menudo injusta, relegó a cierto olvido e incompreensión su rico ideario, con aciertos notables. Supo ver en las doctrinas marxistas una peligrosa base para discípulos estrechos de miras, inclinados a la organización de una sociedad ultracentralizada y totalitaria, en apariencia fundada en la dictadura de las masas, pero en que éstas no tienen más poder que el necesario para asegurar el avasallamiento general, de acuerdo con las siguientes fórmulas y principios tomadas del antiguo absolutismo: indivisibilidad del poder público, centralización absorbente, destrucción sistemática de todo pensamiento individual, ya sea corporativo o local, considerándolo agente destructivo".

III

El socialismo es humanista porque tiende a la más completa liberación del trabajador y del hombre en general. Su único dogmatismo filosófico es el valor del hombre. ¿Cuál es este valor? Es la libertad. Entonces trata de conseguir la instauración de una sociedad donde se permita su pleno desarrollo. La aspiración máxima del socialismo es la emancipación del hombre, o sea, el hombre libre.

El socialismo es revolucionario y democrático porque pretende destruir la enagenación económica y política del hombre en la sociedad burguesa y terminar con la "explotación del hombre por el hombre". En cuanto a la democracia, la estima justa en principio y si su funcionamiento se encuentra falseado lo es por los factores económicos del capitalismo. Sin embargo, la democracia es el medio de acción indicado para transformar las realidades económicas y modificar el Estado.

El contenido humanista y revolucionario del socialismo fue cla-

ramente exaltado por Marx en sus escritos de juventud, dominado por una ética humanitaria. Se desprendió del hegelianismo por su justificación "racional" de un presente en el cual el hombre aparece enajenado. Para Marx "la naturaleza del hombre es tal que no puede alcanzar su perfección sino obrando impulsado por el bien y el perfeccionamiento de la humanidad". Su primera visión de la condición humana es moral, enemiga del conceptualismo de Hegel y del naturalismo de Gustav Hugo. De su crítica antirreligiosa inspirada en Feuerbach (y a quien supera, pues éste sólo describe la enajenación del hombre en sus creaciones religiosas y Marx va más lejos revelándola en los planos económico y político) y de su contacto con las aspiraciones revolucionarias en Francia, afirma que "el hombre es el ser supremo para el hombre"; denuncia todas las formas de alienación que le impiden realizarse (y en primer lugar el Estado, elevado a fetiche por Hegel, donde concentra el espíritu de la sociedad, y la propiedad fuente de la enajenación del hombre en las relaciones económicas) y plantea la necesidad de la revolución como "el imperativo categórico para cambiar todas las condiciones que hacen del hombre un ser envilecido, avasallado, abandonado y despreciable".

Marx no concibe su ética sino en la acción y en sus "Tesis sobre Feuerbach" opone la "práctica" a la teoría; la actividad humana apta para transformar el mundo a la contemplación filosófica de los hegelianos y a su justificación mistificadora de ese mundo de injusticias. Por eso escribe en su tesis XI: "Los filósofos no han hecho hasta hoy más que dar diversas interpretaciones del mundo; lo que importa es transformarlo".

Su concepción materialista de la Historia, formulada más tarde, fue para Marx el hilo conductor de sus investigaciones; en ningún instante una concepción dogmática y sectaria que pudiera confundirse con la verdad absoluta y convertirse en una religión civil. De aquí la riqueza de su pensamiento, de sus análisis y de sus críticas. Entonces no se puede aceptar que en nombre del marxismo se afirmen y prolonguen esas condiciones degradantes donde el individuo es un ser abyecto, servil y anulado, por medio del trabajo forzado, la cárcel y la tortura, en una sociedad totalitaria despiadada y anti-humana.

La revolución capaz de lograr un cambio y un efectivo progreso humano únicamente podrá verificarlos por medio de la democracia. La voluntad de remediar las injusticias económicas no puede llevar a tolerar su eliminación, pues son imposibles la justicia social y la libertad sin un control democrático.

Antonio Giolitti, quien abandonó el Partido Comunista e ingresó al socialismo proclamó sin reservas ni equívocos "que la libertad democrática, no es burguesa, ni aun bajo su forma institucional, la que comporta la división de los poderes, garantías formadas y garantías parlamentarias; elementos indispensables para la edificación de una sociedad socialista..."

IV

Marx enfoca la caída de la burguesía y el triunfo del proletariado como inevitables y anuncia el advenimiento ineluctable de una sociedad liberada de toda alienación.

En su credo y en su método, según Maximilien Rubel, a la investigación empírica de los fenómenos sociales e históricos, corresponde en la esfera de los valores éticos, la elección de medios inmediatos en vista de un fin lejano, y la exigencia fundamental de la ética marxista requiere la instantaneidad y correspondencia del fin y del medio en la conciencia y en la praxis revolucionaria. El hombre no debe asumir nuevas servidumbres en nombre de un problemático beneficio en transformaciones imprevisibles.

El hombre de Marx asume la finalidad histórica escogida conscientemente en conformidad de una interpretación sociológica de la historia. Rehusa someterse a los imperativos categóricos que le proponen salvadores providenciales. De la enseñanza marxista se desprende un llamado patético al individuo; una exigencia ética; una exhortación a un cambio fundamental interior y visible y "el individuo apuntado por este llamado es el hombre moderno, corrompido por la gangrena universal que tiene el nombre de "alienación de sí" y que afecta indistintamente a todos los hombres de la sociedad capitalista, cualquiera que sea su pertenencia de clase".

M. Rubel en su notable libro "Karl Marx, essai de biographie intellectuelle", reproduce una página admirable, escrita en 1856. Sus párrafos principales dicen: "Hay un hecho evidente que caracteriza nuestra época... De un lado, hemos visto nacer fuerzas industriales y científicas que ninguna época anterior pudo imaginar. Del otro, se notan los síntomas de un desastre que podría eclipsar los horrores indecibles de la caída del imperio romano. En nuestros días, cada cosa parece preñada de su contrario. La máquina que posee el maravilloso poder de abreviar el trabajo y de hacerlo más productivo, trae el hambre y el exceso de fatiga. Por un extraño capricho del destino las nuevas fuentes de riqueza se transforman en fuentes de miseria. Se diría que cada victoria de la técnica se paga por una pérdida moral. A medida que el hombre se hace amo de la naturaleza, él se transforma en esclavo de sus semejantes y de su propia infamia. La pura luz de la ciencia misma parece llamar, para resplandecer, las tinieblas de la ignorancia. Todas nuestras invenciones y todos nuestros progresos no parecen tener otros resultados que el de dotar de vida y de inteligencia a las fuerzas materiales y rebajar al hombre a una fuerza material. Este contraste de la industria y de la ciencia modernas con las condiciones sociales de nuestro tiempo es un hecho patente, aplastante, innegable. Ciertos partidos políticos pueden deplorarlo; otros pueden pensar ser liberados de la técnica moderna y, al mismo tiempo, de los conflictos modernos. O aun, pueden creer que un progreso tan notable en la industria tenga necesidad, para ser perfecto, de un retroceso no menos marcado en el orden político. En cuanto a nosotros, no nos dejemos engañar con el espíritu pérfido que no se cansa de señalarnos

todos estos contrastes. Sabemos que las fuerzas nuevas de la sociedad reclaman hombres nuevos que las dominen y las hagan realizar un buen trabajo. Estos hombres nuevos son los obreros. Ellos son el producto de los nuevos tiempos tanto como las máquinas mismas. En los signos que desconciertan a la burguesía, la aristocracia y a los pobres anunciadores de la decadencia, nosotros reconocemos a nuestra vieja amiga... la revolución..."

En este trozo admirable, Marx, destaca en forma brillante algunas de las contradicciones más hirientes de la sociedad contemporánea, las cuales se han agravado en la actualidad. En efecto, en el seno del capitalismo demo-burgués el progreso científico y técnico, y su correspondiente maquinismo perfeccionado, no han traído más justicia y libertad ni tampoco seguridad y mejoramiento moral. Hasta este instante a pesar de los prodigiosos adelantos científicos y técnicos, es muy lento el mejoramiento material de la especie humana y muy reducida la ampliación del área de su libertad.

Por otra parte, examinando en conjunto la sociedad humana la civilización y el desarrollo portentoso de la ciencia, no han generado un progreso moral paralelo. Si se mide el avance de la moralidad social por el grado de igualdad y respeto por la personalidad individual y por el grado de justicia y de libertad, más bien comprobamos un retroceso, por cuanto la tiranía la tortura y el miedo imperan en la mayor parte del mundo.

En el llamado "mundo libre" se incluyen regímenes tan odiosos como las tiranías clérico-castrenses de Franco y de Salazar; la China Nacionalista de Chiang Kai-Chek; la racista Unión Sudafricana; las monarquías feudales del Medio Oriente; la Norteamérica de Mac-Carthy y Faubus y la Francia de Massu. En este "mundo libre" las economías de los países se encuentran en manos de grupos restringidos de capitalistas. La prensa y radio están monopolizadas por los grandes intereses, quienes orientan la opinión conforme a sus apetitos. Existen irritantes desigualdades sociales en todos los planos: en los salarios, en la habitación, en la salud pública, en la enseñanza, en el esparcimiento. Las libertades se encuentran siempre amenazadas y se mantienen por la dura batalla, desde hace más de un siglo, de las clases populares y de la intelligentsia. La democracia no existe en forma real en los países pobres y donde la lucha de clases es violenta, subsiste con muchas limitaciones.

V

El socialismo reformista, a pesar de sus largos periodos de colaboración no ha logrado modificar la estructura del capitalismo y acelerar su paso hacia el sistema socialista. No se ha producido el colapso del régimen capitalista y, por el contrario, ha demostrado poder de evolución y transformación. Pero aun en los Estados Unidos, donde impera el capitalismo más dinámico, ha sido incapaz de eliminar sus contradicciones, de suprimir el desempleo y la cesantía, mientras un exceso de producción se malogra y destruye para man-

tener los precios y las ganancias de los dueños de los medios de producción, llegándose a bonificar a los agricultores si reducen sus siembras y limitan la producción.

La crisis del socialismo europeo radica, según André Philip, socialista francés de izquierda, autor de dos obras de gran calidad: "La democracia industrial" y "El socialismo traicionado", en su reformismo conformista. Su permanencia en el poder lo acostumbró a gobernar en el cuadro de la actual sociedad demo-capitalista. Es innegable su éxito en la obtención de ventajas apreciables para la clase obrera, pero no ha podido modificar los fundamentos del sistema. Han sido reformas de distribución en el cuadro de una estructura invariable, que llegan hasta cierto límite, más allá del cual nuevas reformas sociales aumentan los precios de fábrica, y no aportan ventajas reales a los trabajadores. Esto último es posible únicamente si se afronta una transformación radical de la estructura económica capitalista.

Para André Philip, un verdadero movimiento socialista revolucionario y democrático debe guardarle fidelidad al ideal humanista de 1848 y al método de análisis científico de los acontecimientos aportado por el marxismo, por ser el único que nos permite una apreciación correcta de la evolución de la sociedad e incluso alcanzar resultados diferentes a los de Marx en su época.

El socialismo cree ante todo en el hombre y lucha por implantar una organización económica, social y política más favorable al desarrollo de su existencia y de su personalidad. En esta empresa debe mantener una severa concordancia entre su finalidad y los medios para lograrla, buscando siempre la verdad. El socialismo no puede engañar jamás y debe estar dominado por un afán de justicia, un anhelo de libertad y la más estrecha solidaridad con los oprimidos.

En el mundo actual se operan transformaciones gigantescas. Se ha iniciado una nueva revolución industrial caracterizada por la utilización de la energía atómica y la automatización, la cual cambiará profundamente la estructura social. Se asiste ya al reemplazo del obrero por la máquina automática y a la formación de grupos profesionales nuevos. El socialismo, entonces, debe ser constructivo y técnicamente progresivo, colocándose al frente de la lucha por el aumento de la producción y los progresos de la técnica y, en la etapa de transición, por asegurar el pleno empleo de los trabajadores. Al mismo tiempo crear un nuevo cuadro donde se rompa la resistencia de los intereses particulares, se planifique la producción y distribución en el marco de una descentralización administrativa e industrial y se desarrollen las economías regionales. Pero el socialismo no sólo trata de reorganizar la producción; ante todo se esfuerza por liberar a los trabajadores, dándoles participación efectiva en las decisiones de las cuales dependen su nivel de vida y su existencia misma. Por eso, el socialismo investiga el papel de los comités de empresas, la autogestión obrera, la participación de las organizaciones sindicales en todos los actos de decisión de la vida económica y social.

Según André Philip, el problema de fondo de la acción socialista en este instante es el de conseguir la democracia industrial, porque no es el caso de asegurar una planificación de la producción de acuerdo con el interés colectivo, aunque puesta en manos de minorías de técnicos, quienes deciden para el pueblo, pero sin el pueblo. Los trabajadores deben poseer una plena conciencia de sus responsabilidades. A este respecto el socialismo debe seguir de cerca la experiencia yugoslava de gestión obrera y las tentativas realizadas en Polonia.

Por otro lado, el socialismo debe ser internacionalista, porque es imposible su realización en un marco nacional. Si se integra en las estructuras nacionales de los Estados demo-burgueses se hará proteccionista, colonialista y reaccionario, pues por encima de los antagonismos de clases se establecerá una solidaridad nacional entre la burguesía y la clase obrera. El socialismo se ahoga en el marco nacional y ahí carece de destino. Debe reafirmar su carácter internacionalista y su lucha contra el capitalismo pues la socialización en el cuadro nacional es un paliativo temporal, a merced de los factores exteriores que no domina.

La emancipación de los trabajadores será universal. Este mensaje de Marx es ineludible. La social democracia se transformó en defensora de los intereses inmediatos y limitados en el tiempo y en el espacio, de los obreros y empleados de un país. El comunismo-soviético en la época de Stalin y su consigna del "socialismo en un solo país" llegó a ser nacionalista e imperialista; del comunismo de Stalin al socialismo de Mollet se aprecia el mismo virus nacionalista y reaccionario.

La política del socialismo reducida al ámbito nacional debilita su fuerza y su influencia, lo dispersa, le impone una gran diversidad de política y le da un carácter estrecho y poco efectivo a su lucha. La URSS con Stalin al subordinar el internacionalismo proletario a una acción táctica en favor de sus apetitos expansionistas, pervirtió y desnaturalizó la actividad de los comunistas colocándola como mero instrumento del Kremlin.

El socialismo debe combatir el colonialismo y poner en el primer plano de sus preocupaciones el problema de los países subdesarrollados. De aquí su posición antimperialista práctica. El movimiento socialista es solidario de las tres cuartas partes de la humanidad en busca de libertad política y de desarrollo económico. Un socialista no puede solidarizar con un poder colonialista que trata de mantener el actual régimen de opresión y se opone a la emancipación de los pueblos. Tampoco pudo solidarizar con el totalitarismo soviético de Stalin que, a pretexto de desarrollar económicamente a un pueblo, suprimió la libertad y quitó sus derechos políticos y sindicales a los trabajadores.

Un socialismo dinámico, creador, revolucionario y democrático, constituye la verdadera esperanza de las grandes masas de trabajadores, técnicos y jóvenes, ansiosos de nuevas oportunidades y de seguridad, en estos instantes cuando el capitalismo exhibe su incapacidad para lograr la justa distribución de los bienes.

VI

Es preciso volver al estudio de los maestros: coger de ellos la llama de sus doctrinas, no sus cenizas, y con ellas alumbrar el verdadero camino del socialismo; su real contenido de solidaridad y de liberación humana; su defensa del hombre y de la libertad; su dignidad revolucionaria y su aspiración de verdad y de justicia. En ningún caso pervertirlas por interpretaciones antojadizas e interesadas para justificar la opresión y la tiranía o el oportunismo y la compenenda.

El socialismo es revolucionario y profundamente democrático y libertario. De aquí procede su lucha tenaz en contra del capitalismo y su correspondiente estado gendarme y su oposición irreductible a regímenes burocráticos y tiránicos. Por principio está en contra del capitalismo y en contra del fascismo totalitario. Aquellos sistemas suponen la negación del hombre y de la libertad.

A causa del desarrollo de las fuerzas productivas, de la técnica y de la ciencia, el socialismo se presenta como la solución racional a los problemas de la sociedad contemporánea. Su objetivo básico es realizar una profunda revolución social para poner término a las contradicciones existentes y a las clases antagónicas y edificar una nueva sociedad emancipada, sin clases. En su actividad diaria no rechaza la obtención de reformas, y por eso lucha para conseguir las, pero estima sus resultados, aunque puedan ser bienhechores, muy limitados. Por eso es revolucionario y para realizar la revolución toma en cuenta todos los elementos: desarrollo de la producción, grado de concentración capitalista, progresos técnicos, voluntad de resistencia de los privilegiados, madurez política de la población, educación general y nivel de vida de los trabajadores llamados a cumplir su misión histórica de construir la nueva sociedad.

El verdadero enemigo del régimen y del espíritu capitalista es la democracia socialista. Por eso el fascismo, tanto en su forma italiana como alemana, aun cuando su propaganda demagógica pretendía eliminar el capitalismo no hizo sino reforzarlo y dirigir toda su actividad real hacia la destrucción de las instituciones democráticas y de las conquistas sociales. Se impuso a base de una insistente propaganda en contra del régimen democrático-liberal, agitando consignas anticapitalistas y, al mismo tiempo, propiciando ciertas reformas de tipo socialista. Pero, como lo anotara Harold Laski, en uno de los luminosos capítulos de su gran obra "**Reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo**", el fascismo no fue otra cosa que una contrarrevolución capitalista y, una vez en el poder, estableció un "gobierno de foragidos".

Siempre exhibió un feroz anti-liberalismo en lo político y se demostró profundamente capitalista en lo económico. Su sistema corporativo se basó en la explotación minuciosa de los obreros con salarios reducidos, sin defensa frente a los patrones fuertemente organizados. El estado corporativista y autocrático del fascismo no fue sino un Estado de empresarios, donde se negó toda participación a los trabajadores, manejado como una empresa policiaca para opri-

mir al pueblo. En él "es como si la línea de montaje de una fábrica racionalizada se extendiera a toda la trama de la vida social, reduciendo al ser humano a la condición de esclavo de sus herramientas... En aras de la eficiencia y del bajo costo de producción se destruye toda libertad personal, cada individuo es manejado por el Estado que extiende su albedrío a la esfera intelectual, a la vida privada y a los credos personales". De aquí surgió su inhumana dictadura, haciendo desaparecer todo rasgo de democracia. Suprimió las garantías de la libertad individual; la prensa quedó sometida a una censura implacable, y la educación, así como toda la actividad nacional, se orientó hacia la guerra.

Thomas Mann, en su conferencia "El artista y la sociedad", escribió con exactitud: "el fascismo... no es una idea sino una maldad". El ensayista chileno Luis D. Cruz Ocampo anotó el verdadero contenido del fascismo en este trozo: "El antidemocratismo fascista es de la más pura cepa capitalista. El patrón no acepta ni puede aceptar discusiones dentro de su industria. El absolutismo de la usina pasa al Estado dirigido por el gran capital". En el régimen fascista una arrogante casta gobernante, disciplinada en un partido único, pasó a controlar el Estado y la economía con los rasgos de una nueva clase social privilegiada, cargada de poder. Este estado burocratizado surgió del seno mismo de la democracia burguesa y de la producción industrial en masa, propia del alto capitalismo.

Pero la burocratización de la vida no sólo alcanzó su máximo en Alemania nazi de Hitler, también sucedió idéntico fenómeno en la Unión Soviética, de Stalin. Y tanto en el capitalismo burocrático fascista como en el soviético se suprimió toda democracia y se aplastó a los trabajadores. En los países fascistas para conjurar de manera drástica las contradicciones de un régimen de propiedad privada monopolista, con una intensa expropiación de las clases trabajadoras, dentro de una economía de guerra; y en la URSS en cuanto resultado de la degradación del sistema socialista. Su desviación burocrática se produjo a causa de la desaparición de la democracia proletaria. El partido único al suprimir la libertad de sus adversarios y de sus propios miembros, ahogó las fuerzas creadoras de las masas laboriosas, condenó el régimen a la tiranía y favoreció la formación de nuevos privilegios y de una casta burocrática soberbia.

El resultado capitalista y burocrático en la URSS con Stalin, talvez se explica, además, porque el comunismo ha conquistado el poder donde ninguna de las condiciones objetivas (desarrollo de la producción, concentración capitalista) y subjetivas (extensión de las libertades, educación popular) subrayadas y exigidas por Marx se habían dado: en la atrasada Rusia Zarista y en la China feudal. Entonces se pasó del atraso, la miseria y la opresión a la dictadura y el totalitarismo y no al socialismo.

Con razón Marx y Engels escribieron: "La minoría opone a la concepción crítica una concepción dogmática; a la visión materialista, otra idealista. A las circunstancias reales, sustituye la mera voluntad como motor de la revolución. Mientras nosotros decimos al

obrero: tienes que pasar por quince, por veinte, por cincuenta años de guerra civil y de luchas de pueblos, no sólo para cambiar las circunstancias, sino para cambiarte a ti mismo, y capacitarte para el poder; vosotros le decis todo lo contrario: "o conquistáis inmediatamente el poder, o puedes echarte a dormir". Y en tanto que nosotros enseñamos al obrero alemán, especialmente, el atraso en que está todavía el proletariado de su país, vosotros aduláis de la manera más descarada su sentimiento nacional y sus prejuicios de clase, lo cual es más práctico, desde luego, como medio de conquistarse la opinión. Hacéis con la palabra "proletariado" lo que los demócratas con la palabra "pueblo"; lo convertís en un ídolo. Y como los demócratas queréis adelantarnos al proceso revolucionario enarbolando la frase de la revolución".

Al estallar la revolución en los países más primitivos el socialismo degeneró en tiranía. Así se pasa más fácilmente en un país subdesarrollado y subinstruido a la dictadura y al totalitarismo que al socialismo y la democracia.

El socialismo pretende la apropiación colectiva de los instrumentos de producción y de cambio, pero como medio para alcanzar su objetivo final: la liberación del hombre y su definitiva dignificación. Mientras el capitalismo y el fascismo constituyen la negación del hombre, el socialismo es su plena afirmación y su más alta reivindicación.

El socialismo combate el capitalismo de Estado y la burocratización con su feroz totalitarismo a través de la instauración de un sistema donde los medios de producción sean propiedad social y se manejen por los productores mismos con formas de democracia directa.

VII

En la experiencia socialista mundial cobra especial relieve el experimento yugoslavo, porque a pesar de haberse producido la revolución en un país pequeño y atrasado, sus dirigentes y su pueblo se esfuerzan por impulsar la edificación socialista dirigida a fundar una sociedad de nuevo tipo y a contribuir a una evolución democrática y pacífica en el mundo.

En el régimen socialista yugoslavo, sus postulados teóricos y sus instituciones tienden a dar organización a una democracia efectiva, a base de un proceso sostenido de descentralización administrativa por medio de organismos de autogobierno, o sea, de la intervención directa de las clases trabajadoras. La experiencia yugoslava rechazó los principios stalinistas y sus dirigentes señalaron que en la URSS no existía democracia, porque el régimen socialista se desfiguró al suprimir la iniciativa creadora de las masas, permitiendo la formación de una poderosa burocracia con todos los privilegios inherentes a su condición de dueña de los medios de producción y del Estado. En esta discrepancia y en esta crítica residen las causas del conflicto de ambos países.

Desde 1950 se inició una nueva etapa en la construcción del socia-

lismo en Yugoslavia con la dictación de leyes avanzadas: Ley de los Consejos Obreros; Ley de los Comités Populares y Ley Constitucional, de 31 de enero de 1953. La Ley Constitucional se apartó del modelo soviético, pues tiende a disminuir la intervención administrativa centralizada y el empleo de medios político-administrativos, robusteciendo la tendencia al autogobierno. Los fundamentos de la organización política, económica y social se erigen en estos principios: "La propiedad social de los medios de producción, el autogobierno de los productores en la economía y el autogobierno del pueblo trabajador en el municipio, la ciudad, el distrito..."

Según Edward Kardelj, la revolución yugoslava ha tenido éxito porque se ha inspirado en ciertos principios fundamentales, característicos de su desarrollo y cuya aplicación tenaz y consecuente salvó el contenido socialista del sistema implantado, eliminando las tendencias burocráticas de capitalismo de Estado y evitando así reproducir la terrible experiencia soviética, donde se degradó totalmente el movimiento socialista. Estos principios directivos han sido: el mantenimiento firme del papel dirigente de la clase obrera en las posiciones claves del desarrollo social, en alianza estrecha con todos los demás trabajadores, y con formas democráticas de poder; la orientación constante y consecuente hacia la democracia socialista en toda su vida y en todo su desarrollo social; y la sostenida tendencia hacia la descentralización del poder sobre la base de la autoadministración más amplia de los trabajadores en las diferentes funciones sociales y económicas.

Estos principios han sido defendidos en forma intransigente en el enfrentamiento de las dos tareas cardinales de la revolución; la primera, sacar al país de su estado de atraso. (Yugoslavia de preguerra era uno de los países más atrasados de Europa; un 75% de los habitantes vivía en el campo; carecía de industrias y la explotación de sus materias primas estaba en manos de capitales extranjeros, por lo cual debía importar la totalidad de los numerosos artículos que necesitaba) y edificar "la base económica indispensable, sin la cual es imposible un mejoramiento de las condiciones de existencia de los trabajadores, menos todavía un desarrollo de las formas socialistas de vida". En esta magna empresa, Yugoslavia ha conseguido grandes resultados y ha creado una base bastante sólida para su desarrollo económico y político. Es apreciable el progreso de su producción industrial y la transformación consiguiente de la estructura social, fundamentos de una más sólida estabilidad en las relaciones políticas. Según las estadísticas de las Naciones Unidas, desde 1953 a esta fecha, Yugoslavia es el país de Europa que ha experimentado el más alto ritmo de desarrollo industrial (superior al de la URSS y al de las grandes potencias capitalistas como Francia, Gran Bretaña y Alemania Occidental). La segunda tarea, instaurar un sistema político democrático correspondiente a sus nuevas condiciones económicas y sociales, esto es, a la socialización de los medios esenciales de producción, verificada por un acto revolucionario. Según la concepción y la experiencia yugoslavas en estas condiciones, para el desarrollo del mecanismo democrático, es

primordial saber sobre qué principios será orientado el sistema de gestión de los medios sociales de producción. En primer término, no debe significar su entrega a un aparato de funcionarios que los dirijan. Una práctica de esta especie engendra ausencia de iniciativa individual, estagnación en la productividad del trabajo y, en general, el estancamiento económico con todas las manifestaciones negativas del monopolio de Estado y la tendencia a imponer el despotismo político de un poder de Estado absoluto. En segundo lugar, el sistema económico basado en la socialización de los medios de producción debe significar la emancipación del trabajo: "Todo hombre que trabaja debe participar de manera consciente y responsable en su gestión. Esta participación no puede ser sólo un derecho político formal, sino estimulada por sus reales intereses económicos y morales".

El éxito y avance constantes de la experiencia yugoslava para construir una democracia socialista y su política internacional independiente de los bloques, impulsando una coexistencia activa y una neutralidad positiva, junto con todos los países democráticos ajenos a los intereses de las superpotencias, ha generado una elevada influencia en los países "socialistas" bajo la dominación rusa. De aquí la constante presión de la URSS en su contra. A pesar de haber restablecido sus relaciones en 1955 (Declaración de Belgrado), los sucesos de Polonia y Hungría y la negativa de Yugoslavia de firmar la Declaración de Moscú, de noviembre de 1957, reabrieron la disputa iniciada en 1948. El Kremlin desató la lucha contra el llamado "revisiónismo", como el peligro máximo que afrontan los partidos comunistas. Con motivo de las discusiones del Anteproyecto de Programa de la Liga de los Comunistas de Yugoslavia y de su aprobación, en seguida, en su VII Congreso de Ljubljana, los días 22-26 de abril de 1958, la URSS y China asimilaron en forma violenta el revisionismo a la experiencia yugoslava y desencadenaron un ataque general en su contra. Frente a su exitosa experiencia, donde se construye el socialismo según caminos propios, el comunismo soviético los acusó de revisionistas y practicantes de los siguientes supuestos pecados: negar el espíritu revolucionario del marxismo y socavar el socialismo entre las clases trabajadoras; negar el papel dirigente del partido marxista-leninista; rechazar los principios del internacionalismo proletario, minar los principios leninistas en la organización del partido, o sea, del centralismo democrático y de querer transformar el P. C. de organización revolucionaria en una sociedad de debates y de fracciones.

A partir de esta campaña en los países bajo régimen comunista "revisiónismo" es sinónimo de traición política más que desviación ideológica.

Para contrarrestar los peligros del "revisiónismo", el Kremlin insistió en el respeto del "internacionalismo proletario" y el "papel dirigente del Partido Comunista Ruso". A través de tales principios, la URSS se opuso a la soberanía e independencia de los diversos partidos comunistas para determinar su línea de acción. Debían someterse estrictamente a los intereses de la URSS y de su política.

En esto consiste la subordinación de los "intereses locales" a los "intereses de la lucha proletaria mundial".

En cuanto a la defensa del "partido marxista-leninista" y del "centralismo democrático" se le entiende como la existencia de un partido monolítico, con una obediencia incondicional de todos sus miembros a la voluntad de la directiva central. En este aspecto consideran "revisionismo" la petición de democracia interna y libertad de discusión. Aceptarla significaría abrir a la crítica las decisiones tomadas por la dirección central del partido. El mantenimiento rígido del "centralismo democrático" (en buenas cuentas "centralismo autocrático") permitió la subsistencia de partidos comunistas obedientes y fieles instrumentos de las consignas soviéticas.

VIII

El triunfo del socialismo es inevitable. Y triunfará en razón del desarrollo económico de la sociedad, de la educación política de las masas y del funcionamiento de la democracia.

Si pone acento especial en la crítica de las injusticias del orden capitalista imperante, de sus abusos y de sus desigualdades y atrasos, al mismo tiempo señala a las clases trabajadoras sus responsabilidades en una gestión disciplinada y consecuente. Las grandes transformaciones sociales no son la consecuencia de hábiles componendas; ellas resultan de la acción de las masas impulsadas por necesidades hondamente sentidas y porque son capaces de asimilar ideas inspiradoras. De acuerdo con lo expresado por los grandes teóricos socialistas las tácticas astutas, las maniobras caudillescas, las consignas burocráticas o la conquista de cargos directivos en los organismos populares, con ser importantes en un momento dado, no logran reemplazar las ideas, las cuales se convierten en fuerza material cuando penetran y prenden en las masas. Y las ideas sin las cuales es imposible cualquier transformación progresiva de la sociedad no proceden de los politiqueros audaces y prácticos, que las subordinan o adaptan a una organización poderosa, sino de personalidades innovadoras, de talento crítico y de espíritu libertario.

Las ideas socialistas incrustadas en las masas no pueden ser jamás extirpadas por métodos represivos, por campos de concentración o ejecuciones. Como escribía Marx: "actos notorios, aun cuando realizados en masa, pueden oponerse con cañones en cuanto se tornan peligrosos; pero las ideas que se enseñorean en nuestra inteligencia y rinden nuestro albedrío, y que la razón remacha a nuestra conciencia, esas ideas son cadenas que no pueden arrebatarse al hombre sin destrozar su corazón".

La experiencia nos enseña también que reformas profundas en el dominio de la propiedad territorial y mobiliaria, en la producción y repartición de las riquezas, no bastan para echar los fundamentos del socialismo. Dichas reformas pueden ser la base de una sociedad tecnocrática y tiránica, como lo demuestra la experiencia rusa. Es necesario que el socialismo rechace los métodos dictatoriales, afirme la verdad y una severa ética revolucionaria. Para los socialistas

el fin no justifica los medios, pues cuando éstos son detestables deterioran y encanallecen el fin. Aunque los comunistas ridiculizan a los socialistas como a pequeño-burgueses titubeantes, paralizados por escrúpulos éticos, mientras ellos son hombres de acción sin vacilaciones ni prejuicios morales, lo cierto es que la posición socialista es más fuerte y justa.

Los socialistas asiáticos han señalado particularmente la importancia de este problema. Para ellos todas las tentativas de la reconstrucción socialista de la sociedad están condenadas al fracaso si no se afirma una ética socialista, por medio de la cual se establezca una perfecta correspondencia entre los fines y los medios; un respeto severo por la verdad y su práctica constante; un mejoramiento ininterrumpido del individuo. Según los teóricos socialistas asiáticos, los obstáculos para conseguir lo anterior radican en dos fuentes principales: el amoralismo de muchos de los dirigentes socialistas-marxistas, quienes consideran a los principios éticos básicos como relativos y como "prejuicios burgueses"; y la debilidad de la naturaleza humana (el innato sentido del oportunismo del hombre).

Es irrefutable, y los socialistas asiáticos lo han señalado con extraordinaria claridad, que si nuestros actos inmediatos no guardan consonancia con nuestro ideal último, no tendremos jamás posibilidad de alcanzarlo. En cambio sólo al encuadrarse nuestros valores inmediatos con nuestros ideales, al no existir la menor contradicción entre los valores inmediatos y los objetivos últimos, entonces habrá posibilidad de alcanzar nuestro ideal.

Los programas socialistas, deben contener, entonces, ciertos valores éticos, cuya aceptación sería obligatoria y jamás descartados por el oportunismo.

En cuanto a la debilidad de la naturaleza humana es preciso contar con este hecho y no preocuparse sólo del medio ambiente que rodea al individuo; es necesario encarar su naturaleza interna propia y poner acento en su mejoramiento. Es un proceso encadenado: cambio de las condiciones sociales y mejoramiento espiritual del individuo. Gran parte del éxito del fascismo se debió a su aprovechamiento cínico de la mala condición humana. Hitler, en su obra "Mí Lucha", escribió: "Debemos tomar a los hombres tales como son, y también tomar en cuenta su debilidad y su brutalidad". O sea, no preocuparse por mejorar y elevar la condición humana, sino sacar provecho de ella para afirmar una política contraria a los intereses del hombre y de la humanidad; embaucar a las masas para oprimir a la sociedad.

El hombre es un ser social y la influencia del medio ambiente, del sistema imperante, lo conforma en gran parte. Un cambio de régimen entonces significa de inmediato una modificación apreciable de su conciencia. La democracia y el socialismo se afanan por cambiar la sociedad y por dignificar al hombre; de elevarlo por sobre sus propias taras, porque creen en su perfectibilidad ilimitada. Es cierta y justa la observación del Dr. Rieux, personaje de "La Peste", de Albert Camus, cuando reconoce "que hay en los hombres más cosas dignas de admiración que de desprecio". Entonces se debe

actuar de consuno sobre medio e individuo para ser transformados. Y así, en un ambiente apropiado, sin miseria ni opresión, pueda el individuo comportarse como un ser humano libre, pero disciplinado y capaz de someter sus propios deseos y ambiciones al bien social.

Si es posible transformar las condiciones económicas y sociales, también es posible crear en el corazón del hombre sentimientos más altos y darle un ideal moral superior. Y en la resolución de la cuestión social deben predominar la defensa y el respeto de la personalidad humana, dando a cada individuo el máximo de seguridad, de dignidad, de felicidad. El verdadero progreso debe tender sin cesar a liberar al hombre y a la humanidad; a acrecentar el valor individual del hombre, no a transformarlo en un insignificante tornillo de un complicado mecanismo ni en una infima hormiga en un inmenso y despiadado hormiguero como, desde puntos opuestos, tienden el capitalismo egoísta y el fascismo totalitario; ambos negadores de la esencia del hombre, de su dignidad, de su libertad y de su posibilidad de perfeccionamiento espiritual.

MONTHLY REVIEW

SELECCIONES EN CASTELLANO

SUSCRIPCIONES:

ANUAL (12 números)	Eº 10.—
SEMESTRAL (6 números)	5.—
NUMEROS SUELTOS	0,90

ES UNA PUBLICACION DE
PRENSA LATINOAMERICANA S. A.
CASILLA 10430 - SANTIAGO